
Después del partido

Para una antropología de la celebración deportiva

Manuel Arias Maldonado

A don Rafael Sánchez Ferlosio

No parece posible ocupar una posición razonable ante la hegemonía cultural del balompié. O bien uno se declara en contra, a riesgo de ser visto como un pedante o un amargado, o bien se suma a la corriente y declara, no ya su afición a contemplar el juego, sino su cualidad superior como metáfora de la vida y demás hipérbolos de suplemento dominical. No obstante, tal vez pueda aún decirse algo sobre el tema sin incurrir en ninguno de esos apasionamientos.

Se trata, en este caso, de observar no lo que sucede *durante* el juego ni *alrededor* del mismo, sino justo *después* de concluido. Y de hacerlo para confirmar o desmentir reflexivamente una intuición: la de que es en ese momento donde podemos apreciar un punto ciego, un vacío, que acaso sea el vacío sobre el que se asienta la entera institución cultural –así podemos llamarla ya– del fútbol. Natu-

ralmente, lo que pasa después de acabado el partido no es en absoluto ajeno a lo que ha pasado *antes*, en el curso del largo proceso durante el cual medios de comunicación, protagonistas y aficionados tejen una densa red de relaciones recíprocas para la discusión de todos los aspectos –sublimes y triviales– de lo que va a suceder. Los noventa minutos de juego se convierten así, durante días o semanas, en el centro gravitatorio de la atención de una auténtica *comunidad imaginada*, por emplear la célebre noción que Benedict Anderson aplicara al nacionalismo. ¡Ya se trate de un derby local o del Campeonato del Mundo!

A decir verdad, difícilmente puede exagerarse la importancia que esa fase previa tiene para nuestro asunto. Todo el ruido generado alrededor de un partido de fútbol se orienta, más o menos conscientemente, hacia la construcción de las expectativas sociales en torno al mismo. Se trata de enfatizarlo, de anticiparlo, de recrearse en él por adelantado. Bien mirado, esto es sólo la potenciación, a través de los medios de comunicación, de un rasgo inherente al hombre, a saber, la incomodidad con que vivimos el presente y la consiguiente inclinación que sentimos hacia la evocación del pasado y la fabulación del futuro. ¿No es el presente algo imperfecto, contaminado como está por nuestras frustraciones o nuestras prisas? A cambio, el pasado y el futuro, no digamos ya si los maquillamos debidamente, se nos ofrecen como espacios puros, libres de interferencias, justamente por tratarse no de realidades sino de *representaciones* imaginarias. ¡Qué felizmente se pinta el estudiante a sí mismo, aplicándose *al día siguiente* en su habitación, sólo para descubrir entonces que nada ha cambiado y la tarea sigue siendo insoportable! ¡Qué armonías pretéritas no descubre quien está pensando en divorciarse!

En lo que al deporte toca, este proceso ha llegado hasta el absurdo en una sociedad que combina amplias reservas de tiempo libre y un periodismo dispuesto a hacer lo necesario para llamar la

atención. La paulatina transformación de la información deportiva en vocerío sensacionalista –visible para quien recuerde el viejo estilo de narración o para quien viaje al extranjero y compare el más sobrio tratamiento que allí se dispensa al deporte, e incluso a la vida– no ha hecho más que reforzar el ya sobrecargado vínculo emocional entre el acontecimiento y el hincha, creando con ello las condiciones para la posterior *descarga* del peso así acumulado a través de la celebración. Esta pobreza del periodismo se manifiesta en sus titulares, en sus modismos, en sus temas. Pero es visible, sobre todo, en el ridículo empleo del sintagma *momento histórico*, que ha infectado como un virus mortal al conjunto del periodismo español. Todo es histórico –la coincidencia de dos hermanos sobre el terreno de juego, la cifra de goles alcanzada por un juvenil, un cambio de equipación– y por lo tanto nada lo es. Sin embargo, al convertir lo cotidiano en una mitología, al otorgar cualidad única al enfrentamiento por venir, al transformar, en una palabra, el mero sucedido en acontecimiento, se alimenta la expectativa hasta extremos delirantes. De manera que lo que venga habrá de ser formidable a la fuerza, esto es, habrá de ser experimentado como formidable por narradores y espectadores. ¡No vaya a resultar que uno vive pendiente de un hecho sin historia!

Todo esto nos sitúa ya directamente en la temporalidad que se inaugura con el final del partido. Más concretamente, por su mayor capacidad expresiva, tras aquellos partidos que deciden un campeonato, o el avance de una selección en la fase de eliminatorias de un torneo internacional. ¿Qué es lo que sucede entonces, cuando llega la hora de la celebración? Los protagonistas que han resultado vencedores en la contienda, así como la parte del público que los apoya, en el estadio o frente al televisor, explotan de júbilo cuando el árbitro –o el colegiado, como dicen los periodistas en otra de sus colosales perífrasis– señala el final del partido. Y justo cuando esa primera oleada de entusiasmo, que responde al más

puro alivio de ver consumado un término que se ha esperado con excitación o angustia, cesa, en ese momento sobreviene un corto instante de vértigo: un puro *horror vacui* ante el hecho de que aquello que ha llenado el ánimo y ha concentrado la atención durante días o semanas *ha terminado*. ¿Qué hacer a continuación? El después de toda gran victoria corresponde a la celebración. Pero el visible absurdo de sus *formas* nos muestra que se ha producido ya una desconexión, una imperceptible cesura entre el contenido del juego y el contenido de su festividad. Bajo esta luz, la celebración deportiva adquiere invariablemente un aire grotesco.

Basta pensar en los comportamientos que, en el estadio y en la calle, siguen al desenlace. En el caso de los jugadores, y aun de los directivos, primero vemos abrazos, sonrisas, lágrimas; nada más natural. Pero, concluida esta fase de puro desatascamiento nervioso, empieza otra, caracterizada ya francamente por la incongruencia. Allí mismo, los jugadores se tiran al césped, simulando que es una piscina, saltan infantilmente o se bañan en champán en el vestuario, mientras cantan en señal de victoria. Al día siguiente, en comunión con la hinchada, saludan desde un autobús descapotable junto al trofeo y salen a hablar desde un balcón, sin saber muy bien qué decir. Todo tiene un aire un poco tonto, porque ¿cómo dar expresión a la victoria mediante la gestualidad? Los aficionados, por su parte, se lanzan alegremente, con la complicidad de las autoridades, a provocar desordenes públicos; en el bien entendido de que gritar en una calle es ya un desorden público. Circulan en sus coches ondenado banderas y haciendo sonar el claxon, hasta que lleguen a una fuente con cualidades emblemáticas y se suben a ella, gritando vivas los unos para los otros, agitándose sin pausa, solazándose en la compañía de los demás. Todo esto se repite una y otra vez, sin ninguna conexión lógica entre los actos de celebración y la competición que los ha provocado. Sin duda, esta peculiar forma cultural ha alcanzado un hito reciente con la retransmisión en

directo –en las ediciones digitales de varios periódicos y en algunas televisiones– de las celebraciones de los seguidores del Atlético de Madrid en la fuente de Neptuno.

–¡Atención! Ahora un aficionado se sube a un coche y se echa a llorar. El entusiasmo es contagioso. Madrid es una fiesta. Han sido muchos años de espera.

O algo por el estilo.

Durante toda esta postrimería, nadie se atreve a confesar que sus acciones son un puro capricho, el girar sobre sí misma de una identidad colmada por la victoria, que se manifiesta externamente como una autocontemplación comunitaria sin contenido específico. Y eso es todo. Porque entre el largo proceso de adquisición de la victoria y el momento siguiente se abre una brecha insalvable: una distancia ontológica que priva de sentido a la prolongación artificial de la celebración. Lo que cuenta es el proceso competitivo, porque puede llenarse de contenido; no la serie arbitraria de acciones que sigue a su final y que no es más que una forma muerta.

Hay una inercia en el hombre que parece impedirle terminar una actividad, o lograr un propósito, y pasar a otra cosa sin mayor transición, como sería natural, porque la vida es un hacer, un ir haciendo, no un recrearse en lo que se ha hecho. Cuestión distinta es que la victoria, la culminación, se tomen como un pretexto para poner en marcha la fiesta, entendida como una vulgaridad ritualizada. ¡Salvo que nos pongamos a dignificar el claxon! En el pasado, todo esto podría entenderse bajo la óptica carnavalesca, como suspensión temporal de las normas en un contexto represivo, pero hoy día, francamente, basta darse un paseo para comprobar que ya ni la vieja tolerancia represiva es lo que era.

Ahora bien, cuando se pone fin a una competición deportiva no hay nada, salvo acaso las reacciones más inmediatas, que pueda sustituir la persecución fantasmal del trofeo que estaba en juego. Trofeo que, a fin de cuentas, no es más que una ficción colectiva so-

bre la que hemos pactado implícitamente a fin de entretenernos –¡o de desarrollar una identidad!– porque no tenemos otra cosa que hacer o no sabemos hacer otra cosa. Y de ahí que jugadores y aficionados sean *inmediatamente* interrogados sobre el año siguiente y hablen *inmediatamente* de las victorias por venir, de los nuevos desafíos, del próximo trofeo: porque una ficción ha de ser reemplazada cuanto antes por otra. Es al hablar de la siguiente competición que la fiesta se va tiñendo poco a poco de una cierta melancolía.

Este problema, en fin, afecta a cualquier esfera de la actividad humana. Terminamos cualquier proyecto, ya sea una tesis doctoral o una larga mudanza, y nos sentimos obligados a hacer algo *con eso* que hemos adquirido, como si la actividad exigiese un refrendo simbólico. Parece que el logro nos otorga un crédito que cobramos en exteriorizaciones más o menos ruidosas de alegría. Esta curiosa manía alcanza su paroxismo, como hemos visto, en las celebraciones futbolísticas. La expectativa construida entre todos es tan poderosa que no parece siquiera concebible que uno pueda guardar sus bártulos y marcharse a casa, a pensar serenamente en la victoria o a pensar sencillamente en otra cosa. ¡Como si la renuncia a la celebración *deshonrara* la cuantiosa inversión emocional que ya se ha realizado! Muy al contrario, uno se siente obligado a demostrar esa inversión mediante una exhibición de la identidad victoriosa, aunque aquello que se haga –tirarse al agua, tocar un trombón, subirse a una farola– no tenga relación alguna con el antagonismo que nos había venido entreteniendo: porque no puede tenerla. Y así va el mundo.

M. A. M.